

## COMENTARIOS AL DOCUMENTO DE LA COMISIÓN DE GÉNERO SALIDA DE LA II ASAMBLEA DEL EEC

Estos comentarios no contienen una enmienda a la totalidad, sino una parcial en lo referente al nombre de la comisión. También contiene unas reflexiones que pretenden ayudar a contextualizar y profundizar en la relación histórica entre marxismo y feminismo, tema del segundo capítulo del documento, y en el papel que el concepto de género ha desempeñado en esta relación, cuestión que estimo importante para situarnos en el momento presente.

La reflexión que aportó al debate se basa en mi experiencia -y de otras/os colegas- en el mundo académico, en la rama de la Historia y las Ciencias Sociales, que es donde en la actualidad se producen la teoría y la empiría relativa a los estudios sobre las mujeres, la construcción de los géneros, la historia del movimiento feminista y de otros movimientos sociales. No sobra recordar que las personas de clase trabajadora que quedamos en estos departamentos universitarios somos muy pocas: algunas de las que había se han desclasado y las que entran ahora presentan una proporción cada vez menor de extracción obrera. Por tanto, la investigación está hoy prácticamente en manos de una que llamaré -de repente- mediana burguesía ilustrada, con unos intereses muy concretos. Sin más:

- Sobre el nombre “Comisión de Género”

Quizás el nombre provisional que se propuso para esta comisión -Mujer- no era muy afortunado, en efecto: no queremos rinconcitos de mujeres ni menos aún secciones femeninas: estamos y debemos estar en todas las comisiones y debates del Encuentro. Sin embargo, aunque entiendo que el objetivo de la comisión -como indica en la primera página- es “analizar la realidad” relativa a las relaciones entre hombres y mujeres (de género), la alternativa propuesta -Comisión de género-

tampoco me parece acertada. La explicación requiere que me alargue un poco.

El análisis de la realidad es importante pero no un fin en sí mismo, sino un medio para orientar la acción de una clase, una organización, hacia el objetivo de la transformación social. Género es, en efecto, una categoría del análisis feminista -muy importante aunque no la única. No obstante, denominar el todo (movimiento de liberación de las mujeres) por una de sus partes (herramienta de análisis) no parece lo más apropiado. Es como si una comisión dedicada al estudio del movimiento obrero se la llamara “clase”, o “raza” a una supuesta que estudiase el movimiento anti-racista. Por ello creo que Comisión de Feminismo sería más apropiado para un grupo que doy por hecho no se limitará a analizar la realidad sino que también intentará transformarla, para lo cual necesitará crear conciencia de la discriminación que aún afecta a las mujeres en general y más acusadamente a las de clase trabajadora, en particular; que es el primer paso para una praxis feminista dentro de nuestra clase y sus organizaciones. Más cuando al final del documento presentado por esta comisión se dice que se quiere “abrir un Espacio de Encuentro Feminista dentro del Espacio de Encuentro Comunista”.

Pero la objeción al nombre no se basa sólo en cuestiones formales, sino también ideológicas, que entroncan con el contenido del segundo capítulo del documento.

-Sobre la relación marxismo-feminismo y el papel del género en dicha relación.

En efecto, la relación entre marxismo y feminismo ha sido conflictiva, como señala el documento; aunque, en realidad, lo ha sido con todos los marcos teóricos, sencillamente porque, cuando a partir de la década de 1960 el feminismo (de mano de las mujeres) ganó terreno en la Academia, ésta había sido un espacio de varones que de repente sintieron amenazados sus privilegios (de género) y enseñaron los dientes. Pero, como lo que nos interesa es la relación con el marxismo, es importante

reconocer que, al menos en los campos de la historia social y la antropología, fueron las mujeres integradas en la corriente marxista las que dotaron al feminismo de unas herramientas analíticas propias y adecuadas para el estudio de la subordinación femenina como fenómeno histórico. Marx, como sabemos, no se ocupó de ello; sólo Engels abordó el tema en “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”. Por tanto, el trabajo de estas mujeres, fundamentalmente durante la década de 1970, consistió en pulir las herramientas de análisis del marxismo y crear otras nuevas. De estos estudios surgieron los conceptos de “división sexual del trabajo”, “relaciones sociales de reproducción”, “patriarcado”, “acumulación oculta” (algo que en el borrador se denomina como “plusvalía de género”), “doble subordinación”, entre otros. Estos trabajos, por tanto, forman parte de nuestro bagaje como marxistas y feministas.

Al igual que en la Universidad, el machismo engranado en las organizaciones marxistas hizo que muchos compañeros y camaradas varones vieran con suspicacia que las militantes se enredaran en eso llamado feminismo y que éste ganara terreno. Como bien se expresa en el borrador, los partidos comunistas arguían que el feminismo era burgués y que, en todo caso, cuando se alcanzara el socialismo, la subordinación femenina desaparecería. Estos desencuentros (en realidad, si lo pensamos, lucha de sexos) crearon malestar, dentro y fuera de la Academia, como muestran las quejas planteadas por algunas historiadoras marxistas (la más conocida es la de Heidi Hartmann “Marxismo y feminismo: un matrimonio mal avenido”, pero hubo otras). Con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, creo que esta tensa relación inicial contribuyó a debilitar tanto al marxismo como al feminismo marxista (o socialista, como se llamaba entonces).

Los estudios feministas de las corrientes marxista y radical dejaron claro que los “roles sexuales” o comportamiento diferenciado de hombres y mujeres, no son resultado de ninguna naturaleza o esencia, sino de unas relaciones sociales que los construyen y hacen aparecer como naturales. La palabra sexo, sin embargo, se percibía muy connotada de biologismo para describir bien el carácter

social, histórico, de estas relaciones y por ello se adoptó el concepto de género (“gender” en inglés), que se había empleado por primera vez en Psicología. Estos roles sexuales o géneros son, por tanto, ideologías que, por supuesto, tienen consecuencias materiales muy concretas, y cuyo objetivo es la reproducción de unas relaciones de poder, que no son sólo de sexo/género, sino también de etnia y -fundamentalmente- de clase. Por ello es correcto que “La lucha feminista debe ser lucha de clase, que asuma las herramientas conceptuales del marxismo”, como el documento señala; pero sin olvidar: 1- la tradición que ya existe, a la que me he referido; 2- el hecho de que se ha visto seriamente amenazada en las últimas décadas; y 3- que hay que defenderla y enriquecerla.

Como otros movimientos sociales de carácter revolucionario, el feminismo socialista y radical comenzó a ser objetivo de ataque incluso antes de que Fukuyama proclamara el Fin de la Historia (y con ella el de las ideologías, el trabajo, el marxismo...). Ya acabando la década de 1970, con la nueva etapa de reproducción ampliada del capital que se iniciaba entonces, estos ataques llegaron desde el propio movimiento feminista (recordemos, un movimiento interclasista). En oposición directa a los planteamiento del feminismo socialista, surgía bien dotado el que se autodenominó “feminismo de la diferencia”, (que llamaba “de la igualdad” al otro); una corriente de carácter burgués que defiende que hombres y mujeres somos diferentes por naturaleza (en esencia), es decir, asume los roles de género forjados por el patriarcado, rechaza su jerarquización o, en las expresiones más extremas, reconoce una jerarquización, sólo que en sentido opuesto: los valores “femeninos” son superiores a los “masculinos”. Uno de sus manifiestos fundacionales, que ya se presentó en España en las II Jornadas estatales del movimiento feminista en 1979 (año en que se rompe el movimiento), comienza criticando el uso, en el análisis feminista, de las herramientas conceptuales del marxismo, del que se hace una descripción vulgar y reduccionista; y en lo político no deja lugar a duda: “No creemos en revoluciones del futuro, prometidas, abstractas, engañosas. Sino que cada día, cada momento, debemos imponer nuestro cambio y nuestra diferencia”.

El feminismo de la diferencia no es monolítico, pero su tendencia a reificar lo “femenino” (rayando incluso en lo místico) abre resquicios a tendencias neoconservadoras y a la postre anti-feministas (lo que posibilita, por ejemplo, que Ana Botella se definiera como “feminista moderada, no radical” en una entrevista). Pero lo importante es que esta corriente -de carácter marcadamente burgués- fue cogiendo fuerza en la Academia, de donde había surgido. En 1987, durante el I Coloquio Internacional sobre *Concepto y realidad de los estudios feministas*, celebrado en Bruselas, algunas académicas nos proponían pensar “desde lo femenino” y pensar lo masculino y lo femenino “fuera de las ideologías”, reconociendo la riqueza de “nuestra diferencia”.

Esto sucedía cuando en las universidades españolas entraba en tromba el pos-modernismo en forma de pos-estructuralismo, con su postulado de que no hay más realidad que la que el lenguaje construye, de modo que los estudios no han de dirigirse a las condiciones materiales de la existencia, al modo de producción o al conflicto, sino centrarse en las expresiones simbólicas, las representaciones y la subjetividad. A este enfoque se le llamó también “giro lingüístico”. Y aquí es cuando el concepto de género, forjado en laboratorios de influencia marxista, al menos en la historia social, comienza a ser utilizado como arma contra dicha influencia o cualquier otra que incorpore una crítica radical al capitalismo. Eso sí, con la ayuda del Estado.

El feminismo comenzaba a ser fagocitado por las instituciones estatales y supraestatales. Desde la ONU hasta la última concejalía se creaban Comisiones, Institutos, Concejalías, Vocalías... de la Mujer, con el pretendido objetivo de favorecer la igualdad entre los sexos. Sin embargo, la propia palabra feminismo resultaba antipática -o concitaba compromisos incómodos- a ciertas académicas y a ciertas políticas, que, no obstante, no querían renunciar al generoso flujo de subvenciones que se destinaban al estudio de temas relacionados con las mujeres; de modo que la “perspectiva de género” se presentaba como etiqueta más políticamente neutra y amable. El abuso que de ahí en adelante se hizo del término “género”, tanto en el terreno académico, como en el político y

mediático, resultó en la difusión generalizada de una especie de sinonimia mujeres=género (en Historia tuvimos la estéril polémica de si “historia de las mujeres” o “historia del género”), que desvirtuaba el significado original del concepto y lo convertía en una especie de monstruo semántico de las galletas (se engulló al sexo, a las mujeres , al feminismo y a la clase trabajadora de una atacada).

La IV Conferencia Mundial sobre la Mujer organizada por la ONU en Pekín (1995) ya no hablaba de “mujer y desarrollo” sino de “género y desarrollo”. La Comisión Europea, poco después (1998), en un documento llamado “*100 palabras para la igualdad*”, incluía en ellas el “análisis por género”, la “dimensión de género”, “los estudios sobre la mujer”..., pero desaparecían totalmente de este léxico las palabras “feminismo”, “estudios feministas”, “clases sociales”, “imperialismo” o “desigualdad”. (Lamentablemente, por esas fechas, descubrí que la comisión de la mujer del PCE de Madrid se limitaba a copiar este documento). El abuso del término género suscitó reacciones, dentro y fuera de la Academia, aunque estas no han tenido tanto eco. Las personas que mantenemos una visión crítica de este maremoto posmoderno -anti-obrero y anti-comunista-, responsable de la hipóstasis del género, y las que seguimos abordando nuestros objetos de estudio con las herramientas del materialismo histórico y el feminismo socialista, estamos acosadas y en minoría, pero resistimos.

Hoy existen dos corrientes políticas y académicas, ámbitos que en la práctica se solapan, dentro del feminismo:

- 1) Un feminismo institucional que, aunque llamado “de la igualdad” por el feminismo de la diferencia; sin embargo tiene una estrecha relación con este. El feminismo burgués de la “igualdad” bebe de las fuentes teóricas de la diferencia, pues su objetivo es “incorporar” a la política “el prisma diferente desde el que abordan las mujeres la organización de las relaciones sociales”. Las mujeres

están mejor preparadas para la política porque “su forma de pensar es menos jerárquica, funcionan más democráticamente y están más dispuestas a alcanzar compromisos”. Así lo expresaba en 1992 la I Cumbre Europea *Mujeres en el Poder*, celebrada en Atenas, con presencia de ministras, eurodiputadas y miembros de una red europea sobre las Mujeres y la Toma de Decisiones. Allí se denunciaba también la escasa presencia de mujeres en los diferentes espacios de poder a nivel de la UE, y se proponía la creación de cuotas para compensarlo.

En la Universidad, mientras tanto, se formaban Institutos de estudios (de las mujeres, del género, de la igualdad), se organizaban asignaturas y doctorados que, “desde la perspectiva de género”, se ocupaban de las identidades, las ciudadanías, las espiritualidades, las de-construcciones de lo femenino -no de lo masculino, que también es género-, de las reinas, las “preciosas”, las intelectuales, las beatas y beguinas...; no busquéis modos de producción, trabajo, clases, trabajadoras, relaciones de explotación y dominación... porque no entran en estas aulas.

Este tipo de feminismo burgués, esencialista, se llame de la igualdad o de la diferencia -y que es institucional-, es un matrimonio no tan mal avenido con el capitalismo: no cuestiona el carácter de clase de la explotación de las mujeres, ni aspira a superar el capitalismo, como mucho a “humanizarlo”; pero es hegemónico, aunque no ha desalojado a una corriente constructivista, de más larga tradición, inspirada en la Ilustración y en parte también en el marxismo.

2) Un feminismo social, revolucionario o de clase, formado sobre todo por pequeñas asociaciones dispersas, dentro y fuera de la Academia, despistado y desnortado a veces, después de todo lo que le ha caído. Este feminismo, en el que nos encontramos, tiene por delante la tarea de recuperar, poner a punto y crear la teoría y la praxis del feminismo dentro de un proyecto más general de construcción del socialismo a escala mundial, en el que desaparezcan todas las opresiones. Sería muy deseable formar espacios de estudios feministas fuera de la Universidad, más cerca de nuestra

clase, explicar cómo nuestros cuidados y las “dobles jornadas” -triples en algunas sociedades-, contribuyen a crear plusvalía y son unas relaciones de explotación necesarias para la reproducción del capital y la fuerza de trabajo. Sería, por último, necesario abrir también espacios de debate, entre hombres y mujeres, en este Encuentro y en otros, pues el avance de las mujeres en algunos aspectos ha propiciado el rearme de un anti-feminismo misógino militante, muy activo -e incluso muy agresivo-, que se cuela también en las filas de la izquierda, no lo olvidemos.

Mi intención ha sido ser útil al debate, a partir del comentario a un documento del que no tengo mayor objeción, repito, que el nombre del que se ha dotado la comisión. Personalmente, aplico la categoría género en mis estudios, tal como se definió en su origen -y como lo define el documento-, lo cual no excluye que también hable de mujeres y hombres -que no somos géneros, sino que estamos atrapados en ellos-, de sexos -que no es lo mismo que géneros-, de clases y otros conceptos útiles para el análisis histórico y sociológico. Últimamente parece que las críticas al abuso del término género han surtido algún efecto y se está dando marcha atrás, aunque todavía sigue pesando en el ambiente general esa asimilación a “cuestiones de mujeres”. Terminó con un dato: hace algunos años una mujer mandaba una carta al periódico gratuito ADN -que leía sobre todo la clase trabajadora en el metro-, diciendo: “por favor, dejen de llamarnos género, que género es lo que se vende en las tiendas de frutos secos”.

29 enero 2015